

La historia de la identidad no es suficiente

Eric Hobsbawm*

El presente ensayo, que discrepa del relativismo de algunas de las actuales modas intelectuales (“posmodernas”), lo escribí para un número especial sobre historia, dirigido por mi amigo el profesor Francois Bédarida, director durante mucho tiempo del Institut pour l'Histoire du Temps Présent, destinado a la revista Diogenes, 42/4 (1994), con el título de “The Historian between the Quest for the Universal and the Quest for Identity”.

I

Quizá lo mejor sería empezar este examen de la difícil situación del historiador con una experiencia concreta. A principios del verano de 1944, mientras el ejército alemán se retiraba hacia el norte de Italia para establecer un frente más fácil de defender contra el avance de las fuerzas aliadas a lo largo de la llamada Línea Gótica en los Apeninos, sus unidades perpetraron varias matanzas, que solían justificar diciendo que eran represalias por las actividades de los “bandidos” (esto es, los partisanos). Unos cincuenta años más tarde, algunas de estas matanzas ocurridas en la provincia de Arezzo, de las que hasta entonces sólo se acordaban los supervivientes de los pueblos y los historiadores locales de la Resistencia, fueron el motivo de que se celebrara una conferencia internacional sobre el recuerdo de las matanzas perpetradas por los alemanes en la segunda guerra mundial.

La conferencia reunió no sólo a historiadores y científicos sociales de varios países del este y el oeste de Europa y los Estados Unidos, sino también a supervivientes del lugar, antiguos miembros de la Resistencia y otros interesados. Ningún tema podía ser menos puramente “académico”, incluso cincuenta años después de que 175 hombres fueran separados de sus mujeres e hijos en Civitella della Chiana, fusilados y arrojados a las casas incendiadas de su pueblo. Por tanto -y

* En: Hobsbawm, Eric. *Sobre La Historia*, Capítulo XXI, Crítica: Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1998. pp.266-276.

ello no tiene nada de extraño-, la conferencia se celebró en un extraordinario ambiente de tensión y malestar. Todo el mundo era consciente de que estaban en juego asuntos de gran importancia política, incluso existencial. Cada uno de los historiadores presentes no podía por menos de preguntarse sobre la relación de la historia con el presente.

Después de todo, hacía tan sólo unas semanas Italia, por primera vez desde 1943, había elegido un gobierno en el que había fascistas y que estaba entregado al anticomunismo al tiempo que afirmaba que la resistencia del período 1943-1945 no había sido un movimiento de liberación nacional y, en todo caso, el asunto pertenecía a un pasado remoto que no tenía nada que ver con el presente y debía olvidarse.

Todo el mundo se sentía molesto. Los supervivientes de los tiempos de la resistencia y las matanzas estaban molestos al ver que se sacaban a relucir cosas que, como sabían todos los hombres y las mujeres del país, era mejor no nombrar. ¿Cómo, salvo mediante un acuerdo tácito de enterrar los conflictos del pasado, hubiera podido recuperar la vida rural algún tipo de “normalidad” después de 1945? (Un historiador norteamericano presentó un trabajo perceptivo sobre este mecanismo de silencio selectivo en un pueblo de Istria donde había nacido su esposa, que era croata.) Los antiguos partisanos y, de hecho, la opinión pública de la Toscana, región profundamente izquierdista, se sentían molestos por vivir en unos momentos en que la república italiana rechazaba de modo oficial la tradición de la resistencia contra Hitler y Mussolini, que ellos (con razón) consideraban el fundamento de dicha república. Los historiadores jóvenes, y cabe suponer que principalmente de izquierdas, que habían entrevistado o vuelto a entrevistar a los habitantes de los pueblos con vistas a la conferencia, se escandalizaron al ver que, como mínimo en un pueblo muy católico, los habitantes culpaban de las matanzas menos a los alemanes que a los jóvenes del lugar que se habían unido a los partisanos y, según creían, habían sumido irresponsablemente sus hogares en el desastre.

Otros historiadores tenían sus propias razones para sentirse contrariados. Resultaba obvio que a los historiadores alemanes presentes les obsesionaba el recuerdo de lo que sus padres o abuelos habían hecho o dejado de hacer en 1944. Virtualmente todos los historiadores no italianos, y varios italianos, nunca habían oído hablar de las matanzas que habían sido el motivo de que se organizase la conferencia: lo cual era un inquietante recordatorio de la pura arbitrariedad de la permanencia y la memoria históricas. ¿Por qué algunas experiencias se habían convertido en parte de

una memoria histórica más amplia, pero no podía decirse lo mismo de tantas otras? Los participantes rusos no ocultaban su creencia de que concentrar toda aquella erudición para hablar de las atrocidades nazis era un medio de desviar la atención de los horrores de Stalin. Los especialistas en la historia de la segunda guerra mundial, fuera cual fuese su nacionalidad, no podían evitar preguntarse, cincuenta años después del acontecimiento, si las matanzas de inocentes habidas en aquella primavera -y que, según se dijo, habían afectado a más del 1 por 100 de la población de la provincia de Arezzo- eran un precio justificable a cambio del hostigamiento militar relativamente poco importante que se había infligido a unas fuerzas alemanas que, en todo caso, ya pensaban retirarse de la zona en cuestión de días o, a lo sumo, semanas.

El tema mismo de la conferencia, la atrocidad, no podía abordarse de modo desapasionado. Con mucho acierto, no se prestó atención sólo a la micro historia local, sino que también se habló de las mayores atrocidades genocidas, algunos de cuyos principales historiadores se encontraban presentes, y el problema, más amplio, de cómo se recuerdan o pueden recordarse estas cosas. Sin embargo, mientras permanecíamos en la piazza reconstruida de un pueblo que había sido destruido en otro tiempo y escuchábamos la prolija narración conmemorativa que los supervivientes y los hijos de los muertos habían construido acerca de aquel terrible día de 1944, ¿cómo podíamos dejar de observar que nuestro tipo de historia no sólo era incompatible con el suyo, sino que, además, en algunos aspectos la perjudicaba? ¿Cuál era la naturaleza de la comunicación entre el historiador que presentó al alcalde del pueblo la transcripción de los resultados de la investigación que llevó a cabo el ejército británico pocos días después de ocurrir la matanza y el alcalde que la recibió? Para uno era una fuente primaria, de archivo, mientras que para el otro era algo que reforzaba el discurso de la memoria del pueblo, que a los historiadores no les costó reconocer que era en parte mitológica. Sin embargo, aquella narración basada en la memoria representaba una forma de aceptar un trauma que era tan profundo para Civitella della Chiana como el Holocausto lo es para la totalidad del pueblo judío. Nuestra historia, pensada para la comunicación universal de lo que pudiera verificarse mediante las pruebas y la lógica, ¿tenía alguna importancia para el recuerdo de aquella gente, recuerdo que, por su propia naturaleza, era suyo y de nadie más? Era un recuerdo que, como averiguamos, la gente de los pueblos se había guardado para sí durante decenios por esta razón, negándose, impulsada por un acto que nosotros no compartíamos, a investigar los detalles de una matanza ocurrida en un pueblo

vecino porque no se trataba de su pasado, sino del de sus vecinos. ¿Era nuestra historia comparable con la suya?

Resumiendo, ninguna ocasión hubiera podido exponer mejor el enfrentamiento entre la universalidad y la identidad en la historia, así como el enfrentamiento del historiador tanto con el pasado como con el presente.

No obstante, este mismo enfrentamiento demostró que para los historiadores la universalidad prevalecía necesariamente sobre la identidad. Da la casualidad de que por lo menos uno de los historiadores que asistían a la conferencia representaba ambas cosas en su persona. De niño el organizador de la conferencia había estado en la *piazza* de Civitella con su madre y había visto cómo los alemanes se llevaban a rastras a su padre para matarlo. Seguía formando parte del pueblo, donde pasaba el verano en la vieja casa de la familia. Nadie podía negar que para él, así como para todos sus seguidores, la matanza tenía recuerdos y significados que no podía tener para el resto de nosotros, ni siquiera que él leería los datos de los archivos de modo diferente de como los leería cualquier historiador que no hubiese vivido la misma experiencia. Y, pese a ello, como historiador se enfrentó a la narración conmemorativa que el pueblo se había formado exactamente de la misma manera que los historiadores para los que no tenía ningún significado personal, a saber: aplicando las reglas y los criterios de nuestra disciplina. Según sus criterios y los nuestros -según los criterios universalmente aceptados de la disciplina-, la narración del pueblo tenía que contrastarse con las fuentes, y según dichos criterios, no era historia, aunque la formación de la memoria de aquel pueblo, su institucionalización y sus cambios a lo largo de los últimos cincuenta años formaban parte de la historia. Era en sí misma tema para la investigación histórica empleando los mismos métodos que en el caso de los acontecimientos de junio de 1944 que había tratado de aceptar. Sólo en este sentido tenía la “cultura de identidad [de Civitella]” relación con la historia de la matanza del historiador. En todos los demás aspectos, era ajena a la cuestión.

Resumiendo, en lo que se refiere a las cuestiones de las que pueden ocuparse la investigación histórica y la reacción teórica, no había y no podía haber ninguna diferencia importante entre los estudiosos para los cuales los problemas de identidad de Civitella eran insignificantes o no tenían interés y un historiador para el cual eran fundamentales desde el punto de vista existencial. Todos los historiadores presentes albergaban la esperanza de ponerse de acuerdo sobre la formulación de las preguntas relativas a las atrocidades nazis, aunque esto no quiere decir que necesariamente

fueran a estar de acuerdo sobre dichas preguntas. Todos estaban de acuerdo sobre los procedimientos para dar respuesta a tales preguntas, la naturaleza de los posibles datos que permitirían responder a ellas -en la medida en que las respuestas dependieran de los datos- y la posibilidad de comparar acontecimientos que los participantes experimentaron como únicos e incommunicables. A la inversa, los que eran reacios a someter su experiencia -o la de su comunidad- a estos procedimientos, o que se negaban a aceptar sus resultados, eran ajenos a la disciplina de la historia, por más que los historiadores respetasen sus motivos y sentimientos. De hecho, entre los historiadores presentes había un consenso impresionante sobre asuntos importantes. Contrastaba notablemente con el caos de emociones variadas y opuestas que agitaban a los participantes.

II

El problema para los historiadores profesionales es que su tema tiene importantes funciones sociales y políticas. Estas funciones dependen de su trabajo -¿quién sino los historiadores descubre y toma nota del pasado?-, pero al mismo tiempo están en contradicción con sus criterios profesionales. Esta dualidad se halla en el centro de nuestro tema. Los fundadores de la *Revue Historique* eran conscientes de ello cuando, en el prólogo del primer número, afirmaron que “Estudiar el pasado de Francia, que será nuestra principal tarea, es hoy una cuestión de importancia nacional. Nos permitirá devolver a nuestro país la unidad y la fuerza moral que necesita”¹.

Por supuesto, nada estaba más lejos de su pensamiento positivista, seguro de sí mismo, que servir a su nación de alguna forma que no fuese mediante la búsqueda de la verdad. Y, con todo, los no académicos que necesitan y utilizan lo que producen los historiadores, y que son su mercado mayor y políticamente decisivo, no se ven afectados por la marcada distinción entre los “procedimientos estrictamente científicos” y las “construcciones retóricas” que tan central era para los fundadores de la *Revue*. Su criterio sobre lo que es “historia buena” es “la historia que es buena para nosotros”: “nuestro país”, “nuestra causa” o sencillamente “nuestra satisfacción emocional”. Les guste o no les guste, los historiadores profesionales producimos la materia prima para que los no profesionales la usen bien o mal.

¹ G. Monod y G. Fagniez, “Avant-propos”, en *Revue Historique*, 1/1 (1876), p. 4.

Es probable que el hecho de que la historia esté ligada de modo inextricable a la política contemporánea -como sigue demostrando la historiografía de la Revolución francesa- no constituya hoy una dificultad grave, toda vez que los debates de los historiadores, al menos en los países donde hay libertad intelectual, se desarrollan dentro de las reglas de la disciplina. Además, muchos de los debates de mayor carga ideológica entre historiadores profesionales se refieren a cuestiones de las que los no profesionales saben poco y les importa menos. Sin embargo, todos los seres humanos, todas las colectividades y todas las instituciones necesitan un pasado, pero sólo de vez en cuando este pasado es el que la investigación histórica deja al descubierto. El ejemplo clásico de una cultura de la identidad que está anclada en el pasado por medio de mitos disfrazados de historia es el nacionalismo. Sobre esto Ernest Renan dijo lo siguiente hace más de cien años: "Olvidar, incluso interpretar mal la historia, es un factor esencial en la formación de una nación, motivo por el cual el progreso de los estudios históricos es a menudo un peligro para la nacionalidad". Porque las naciones son entidades históricamente novedosas que pretenden existir desde hace mucho tiempo. Inevitablemente, la versión nacionalista de su historia consiste en anacronismos, omisiones, descontextualizaciones y, en casos extremos, mentiras. En menor medida, esto ocurre en todas las formas de historia de la identidad, antiguas o nuevas.

En el pasado preacadémico pocas cosas impedían la pura invención histórica como, por ejemplo, la falsificación de manuscritos históricos (como en Bohemia), la escritura de una epopeya nacional escocesa antigua y apropiadamente gloriosa (como "Ossian", de James Macpherson), o la producción de una obra de teatro público totalmente inventada que pretendiera representar los antiguos rituales de los bardos, como en Gales. (Esto forma todavía el apogeo del National Eisteddfod o festival cultural de ese pequeño país que se celebra todos los años.) Donde tales inventos deben someterse a los análisis de un numeroso y acreditado grupo de estudiosos, esto ya no es posible. La tarea de gran parte de los primeros eruditos históricos consistía en refutar tales invenciones y deconstruir los mitos edificadas sobre ellas. El gran medievalista inglés J. Horace Round forjó su reputación con una serie de disecciones sin piedad de los árboles genealógicos de familias de la nobleza británica que afirmaban descender de los invasores normandos. Round demostró que tales pretensiones eran falsas. Los análisis no son necesariamente sólo históricos. El "sudario de Turín", por nombrar un ejemplo reciente de reliquia sagrada del tipo gracias al cual amasaron su fortuna los centros de peregrinaje medievales, no pudo

resistir la prueba de la datación por el radiocarbono B a la que fue necesario someterlo.

Sin embargo, la historia como ficción ha recibido un refuerzo académico procedente de un lugar inesperado: el “creciente escepticismo sobre el proyecto de racionalidad de la Ilustración”². Por suerte, la moda de lo que se conoce (al menos en el discurso académico anglosajón) por el vago nombre de “posmodernismo” no ha ganado tanto terreno entre los historiadores como entre los teóricos literarios y culturales y los antropólogos sociales, ni siquiera en los Estados Unidos, pero viene a propósito del asunto que estamos examinando, porque pone en duda la distinción entre la realidad y la ficción, la realidad objetiva y el discurso conceptual. Es profundamente relativista. Si no hay ninguna distinción clara entre lo que es verdad y lo que a mí me parece que es verdad, entonces mi propia construcción de la realidad es tan buena como la de ustedes o de cualquier otra persona, porque “el discurso es el que hace este mundo, y no el espejo”³. Citando al mismo autor, el objeto de la etnografía, y seguramente de cualquier otra investigación social e histórica, es producir un texto desarrollado de modo cooperativo, en el cual ni el tema ni el autor ni el lector ni, a decir verdad, nadie, tenga el derecho exclusivo de la “trascendencia sinóptica”⁴. Si, “en el discurso histórico como en el literario, incluso el lenguaje que es de suponer descriptivo constituye lo que describe”⁵, entonces no puede considerarse privilegiada ninguna narración entre las muchas que son posible. No es por casualidad que estos puntos de vista hayan atraído de modo especial a quienes se consideran a sí mismos representantes de colectividades o entornos marginados por la cultura hegemónica de algún grupo (pongamos por caso, los varones heterosexuales, de raza blanca y de clase media que hayan recibido una educación occidental) cuya pretensión de superioridad impugnan. Pero es un error.

Sin entrar en el debate teórico en torno a estas cuestiones, es esencial que los historiadores defiendan el fundamento de su disciplina: la supremacía de los datos. Si sus textos son ficticios, y lo son en cierto sentido, pues son composiciones literarias, la materia prima de estas ficciones son hechos verificables. La existencia o inexistencia

² Michael Smith, “Postmodernism, Urban Ethnography, and the New Social Space of Ethnic Identity”, en *Theory and Society*, 21 (agosto de 1992), p. 493.

³ Stephen A. Tyler, *The Unspeakable*, Madison, 1987, p. 171.

⁴ Stephen A. Tyler, “Post-Modern Ethnography: From Document of the Occult to Occult Document”, en James Clifford y George Marcus, eds., *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Nueva York, 1986, pp. 126 y 129.

⁵ Smith, “Postmodernism”, p. 499.

de los hornos de gas de los nazis puede determinarse atendiendo a los datos. Porque se ha determinado que existieron, quienes niegan su existencia no escriben historia, con independencia de las técnicas narrativas que empleen. Si en una novela Napoleón volviese vivo de Santa Elena, quizá sería literatura, pero no podría ser historia. Si la historia es un arte imaginativo, es un arte que no inventa, sino que organiza *objets trouvés*. Puede que la distinción parezca pedantesca y trivial a quien no sea historiador, especialmente a quien utilice material histórico para sus propios fines. ¿Qué le importa al público teatral que no haya ningún documento histórico que pruebe que lady Macbeth instó a su esposo a matar al rey Duncan, o que las brujas predijeron que Macbeth sería rey de Escocia, como en efecto lo fue en 1040-1057? ¿Qué importaba a los padres fundadores (panafricanos) de los estados poscoloniales del África Occidental que los nombres que pusieron a sus países correspondiesen a imperios africanos medievales que no tenían ninguna relación obvia con los territorios de Ghana o Malí en la actualidad? ¿No era más importante recordarles a los habitantes del África subsahariana, después de generaciones de colonialismo, que tenían una tradición de estados independientes y poderosos en alguna parte de su continente, aunque no fuera precisamente en el hinterland de Accra?

De hecho, la insistencia del historiador -citando una vez más lo que dice el primer número de la *Revue Historique*- en “procedimientos estrictamente científicos, en los que cada afirmación va acompañada de pruebas, referencias de las fuentes y citas”,⁶ a veces resulta pedantesca y trivial, especialmente ahora que ya no forma parte de una fe en la posibilidad de una verdad científica positivista y definitiva que le daba cierta grandeza ingenua. Sin embargo, los procedimientos del tribunal de justicia, que insisten en la supremacía de las pruebas tanto como los investigadores históricos, y a menudo de forma muy parecida, demuestran que la diferencia entre la realidad y la falsedad históricas no es ideológica. Es crucial para muchos propósitos prácticos de la vida cotidiana, siquiera sea porque de ella dependen la vida y la muerte o algo que es cualitativamente más importante: el dinero. Cuando una persona inocente es juzgada por asesinato y desea probar su inocencia, lo que se requiere no son las técnicas del teórico “posmoderno”, sino del historiador de la vieja escuela.

Además, la posibilidad de verificación histórica de las pretensiones políticas o ideológicas puede ser importantísima, si la historicidad es la base esencial de tales pretensiones. Esto no ocurre sólo en el caso de las pretensiones territoriales de

⁶ Monod y Fagniez, “Avant-propos”, p. 2.

estados o comunidades, que suelen ser históricas. La campaña contra los musulmanes [en 1992] del partido integrista hindú BJP, que provocó grandes matanzas en la India, se justificó alegando razones históricas. Se pretendía que la ciudad de Ayodhya era el lugar de nacimiento del divino Rama. Por este motivo la construcción de una mezquita en un lugar sagrado de los hindúes, supuestamente por parte del conquistador **mogol** Babur, fue un insulto musulmán a la religión hindú y un ultraje histórico. Era necesario destruirla y construir un templo hindú en su lugar. (La mezquita fue realmente derribada por una muchedumbre de fanáticos hindúes que el BJP movilizó con tal fin en 1992.) Como era de esperar, los líderes del citado partido declararon que “las cosas de este tipo no las puede resolver el veredicto de un tribunal”, ya que la base histórica de la reivindicación no existía. Los historiadores indios pudieron demostrar que antes del siglo XIX nadie había considerado que Ayodhya fuese el lugar de nacimiento de Rama y que los emperadores mogoles no tenían ninguna relación concreta con la mezquita, a la vez que se demostró jurídicamente que la reivindicación del lugar por parte de los hindúes estaba en litigio. En realidad, la tensión específica entre las comunidades religiosas era reciente. Era una bomba de relojería cuya mecha se había encendido en 1949, momento en que, a raíz de la partición de la India y la fundación del Pakistán, se había inventado un “milagro de las imágenes” que aparecían en la mezquita⁷.

Insistir en la supremacía de las pruebas y en el carácter fundamental de la distinción entre la realidad y la ficción históricas que puedan verificarse es sólo una de las maneras de ejercer la responsabilidad del historiador, y, como la invención histórica real no es lo que era en otro tiempo, quizá no la más importante. Buscar los deseos del presente en el pasado o, por decirlo con términos técnicos, el anacronismo es la técnica más común y cómoda para crear una historia que satisfaga las necesidades de lo que Benedict Anderson ha llamado “comunidades imaginadas” o colectividades, que en modo alguno son sólo nacionales⁸.

La deconstrucción de mitos políticos o sociales disfrazados de historia forma parte desde hace tiempo de las obligaciones profesionales del historiador, con independencia de sus simpatías. Los historiadores británicos, según cabe esperar, están tan comprometidos con la libertad británica como cualquier otra persona, pero esto no les impide criticar su mitología. En otro tiempo a todos los niños británicos les

⁷ Romila Thapar, “The Politics of Religious Communities”, en *Seminar 365* (enero de 1990), pp. 27-32.

⁸ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, ed. rev., Londres, 1991.

enseñaban en la escuela que la Carta Magna era el fundamento de las libertades británicas, pero desde la monografía que McKechnie escribió en 1914 todo universitario que estudie historia británica ha tenido que aprender que el documento que los barones arrancaron al rey Juan en 1215 no tenía como finalidad ser una declaración de la supremacía parlamentaria y de la igualdad de derechos para los ingleses libres por nacimiento, aunque como tal se la consideraría en la retórica política británica mucho después. La crítica escéptica del anacronismo histórico probablemente es hoy la principal manera en que los historiadores pueden demostrar su responsabilidad pública. El papel público más importante que desempeñan hoy, en especial en los numerosos estados que se han fundado o reconstituido desde la segunda guerra mundial, consiste en ejercer su oficio de tal modo que constituya “pour la nationalité” (y para todas las demás ideologías de identidad colectiva) “un danger”.

Esto es muy obvio en los casos en que los conflictos internacionales dependen de argumentos históricos, como en la fase actual de la siempre explosiva cuestión macedónica. Todo lo referente a este incendiario asunto, que afecta a cuatro países y a la Unión Europea y puede provocar otra guerra en los Balcanes, es histórico. La historia aparente que blanden las principales partes enfrentadas es antigua, porque tanto Macedonia como Grecia (que niega a cualquier otro estado independiente incluso la utilización del nombre) reclaman ser herederas de Alejandro Magno. La historia real es relativamente contemporánea, porque la disputa actual entre Grecia y sus vecinos nace de la división de Macedonia después de las guerras balcánicas de 1912 entre Grecia, Serbia y Bulgaria. En otro tiempo, toda ella había formado parte del imperio otomano. Al final, los griegos se quedaron con la mayor parte. Siempre se han empleado términos de erudición académica, principalmente etnográficos y lingüísticos, al discutir sobre cuál de los estados sucesores tiene derecho a qué parte del territorio indefinido pero extenso de la Macedonia de antes de 1913 (porque el imperio otomano no usaba el nombre). Los argumentos griegos, que son en la actualidad los que más se oyen, se apoyan en gran parte en historia anacrónica debido a que los argumentos étnicos y lingüísticos son más favorables a las reivindicaciones de los eslavos y posiblemente de los albanos. No son mucho más convincentes que el argumento según el cual Francia tiene derecho a reivindicar Italia porque Julio César fue el conquistador de la Galia. Un historiador que señala esto no actúa necesariamente empujado por prejuicios contra los griegos o a favor de los eslavos, aunque en estos momentos será más popular en Skopje que en Atenas. Si el mismo historiador señala que la mayoría de la población de la principal ciudad de la Macedonia (no dividida), Salónica, no podía identificarse como griega ni como eslava, sino casi con seguridad

como musulmana y judía, será igualmente impopular entre los fanáticos nacionalistas de tres países.

Sin embargo, casos como este también indican las limitaciones de la función de los historiadores como destructores de mitos. En primer lugar, la fuerza de su crítica es negativa. Karl Popper nos enseñó que la prueba de la falsificación puede hacer que una teoría sea insostenible, pero no aporta en sí misma otra mejor. En segundo lugar, podemos demoler un mito sólo en la medida en que se apoye en proposiciones cuyo carácter erróneo pueda demostrarse. Es muy propio de los mitos históricos, en especial de los nacionalistas, que generalmente sólo unas cuantas de sus proposiciones puedan desacreditarse de este modo. El ritual nacional que los israelíes han construido en torno al asedio de Masada no depende de que la leyenda patriótica que aprenden los escolares israelíes y los turistas extranjeros sea una verdad histórica que pueda verificarse, y no se ve afectada seriamente por el justificable escepticismo de los especialistas en la historia de la Palestina romana. Asimismo, incluso los casos que puedan ponerse a prueba, cuando no hay datos o éstos son deficientes, contradictorios o circunstanciales, no se puede refutar de modo convincente ni siquiera una proposición muy inverosímil. Los datos pueden demostrar de forma concluyente, frente a quienes lo niegan, que el genocidio que los nazis perpetraron contra los judíos tuvo lugar, pero, aunque ningún historiador serio duda que Hitler quería la “Solución Final”, no pueden demostrar que diera una orden específica en este sentido. Habida cuenta del modo en que actuaba Hitler, es poco probable que diera dicha orden por escrito y nunca se ha encontrado ninguna. Así pues, mientras que no es difícil descartar las tesis de M. Faurisson, no podemos rechazar, sin una argumentación complicada, los que presenta David Irving, como los rechaza la mayoría de los expertos en este campo.

La tercera limitación de la función del historiador como matador de mitos es aún más obvia. A la corta, es impotente contra quienes optan por creer los mitos históricos, en especial si se trata de gente que tiene poder político, lo cual, en muchos países, y especialmente en los numerosos estados nuevos, entraña el control de lo que sigue siendo el cauce más importante para impartir información histórica: las escuelas. Y, que no se olvide jamás, la historia -principalmente la historia nacional- ocupa un lugar importante en todos los sistemas conocidos de educación pública. La crítica que los historiadores indios hacen de los mitos históricos del fanatismo hindú puede convencer a sus colegas académicos, pero no a los fanáticos del partido BJP. Los historiadores croatas y serbios que se resisten a la imposición de una leyenda

nacionalista a la historia de sus estados han tenido menos influencia que los nacionalistas a larga distancia de las diásporas croata y serbia, empujados por una mitología nacionalista que es inmune a la crítica histórica.

III

Estas limitaciones no disminuyen la responsabilidad pública del historiador. Ésta se apoya, ante todo, en el hecho, que ya hemos señalado, de que los historiadores profesionales son los principales productores de la materia prima que se transforma en propaganda y mitología. Debemos ser conscientes de que es así, especialmente en una época en que van desapareciendo otros medios de conservar el pasado: la tradición oral, la memoria familiar, todo lo que depende de la eficacia de las comunicaciones intergeneracionales que se están desintegrando en las sociedades modernas. En todo caso, la historia de las grandes colectividades, nacionales o de otra clase, no se ha apoyado en la memoria popular, sino en lo que los historiadores, cronistas o aficionados a lo antiguo han escrito sobre el pasado, directamente o mediante los libros de texto, en lo que los maestros han enseñado a sus alumnos partiendo de dichos libros, en cómo los autores de narrativa, los productores de cine o los realizadores de programas de televisión y de vídeo han transformado su material. Hasta *Hamlet*, de Shakespeare, tenía su origen en la obra de un historiador, el cronista danés Saxo Grammaticus. Es esencial que los historiadores recuerden constantemente esto. Las cosechas que cultivamos en nuestros campos pueden acabar convertidas en alguna versión del opio del pueblo.

Es cierto, desde luego, que la imposibilidad de separar la historiografía de la ideología y la política del momento -toda historia, como dijo Croce, es historia contemporánea- abre las puertas al mal uso de la historia. Los historiadores no se colocan ni pueden colocarse fuera de su tema como observadores y analistas objetivos *sub specie aeternitatis*. Todos nos vemos sumidos en los supuestos de nuestro tiempo y nuestro lugar, incluso cuando practicamos algo tan alejado de las pasiones públicas de hoy como la preparación de textos antiguos para su edición. Muchos de nosotros, como el fundador de la *Revue Historique*, nos alegramos de producir trabajos que puedan ser útiles a nuestra gente o a nuestra causa. Sin duda estaremos tentados de interpretar lo que averigüemos del modo más favorable a la causa. Puede que sintamos la tentación de abstenernos de investigar temas que probablemente arrojarán una luz desfavorable sobre ella. No es extraño que los historiadores hostiles al comunismo fueran mucho más dados a investigar los trabajos

forzados en la URSS que los historiadores que simpatizaban con él. Incluso puede que estemos tentados de guardar silencio sobre pruebas desfavorables, si casualmente las descubrimos, aunque luego nos remuerda la conciencia de estudiosos. Después de todo, no hay ninguna línea clara entre *suppressio veri* y *suggestio falsi*. Lo que no podemos hacer sin dejar de ser historiadores es abandonar los criterios de nuestra profesión. No podemos decir algo cuya falsedad podemos demostrar. En esto diferimos inevitablemente de aquellos cuyo discurso no está sometido a estas limitaciones.

Sin embargo, el principal peligro no es la tentación de mentir, toda vez que, después de todo, las mentiras no pueden resistir fácilmente el examen riguroso de otros historiadores en una colectividad de estudiosos libres, aunque la presión y la autoridad políticas respalden la falsedad, incluso en algunos estados constitucionales. El principal peligro es la tentación de aislar la historia de una parte de la humanidad -la del propio historiador, por haber nacido en ella o haberla elegido- del contexto más amplio.

Las presiones internas y externas en tal sentido pueden ser grandes. Puede que nuestras pasiones y nuestros intereses nos empujen en esa dirección. Toda persona judía, por ejemplo, sea cual sea su ocupación, acepta instintivamente la fuerza de las preguntas con las cuales, durante muchos siglos amenazadores, los miembros de nuestra minoría hemos afrontado todos los acontecimientos que tenían lugar en el mundo exterior: “¿Es bueno para los judíos? ¿Es malo para los judíos?”. En épocas de discriminación o persecución nos daba una orientación -aunque no necesariamente la mejor- sobre el comportamiento privado y público, una estrategia en todos los niveles para un pueblo disperso. Con todo, no puede ni debe guiar a un historiador judío, ni siquiera uno que escriba la historia de su propio pueblo. Los historiadores, por microcósmicos que sean, deben estar a favor del universalismo, no por lealtad a un ideal al que seguimos apegados muchos de nosotros, sino porque es la condición necesaria para comprender la historia de la humanidad, incluida la de cualquier sección especial de la humanidad. Porque todas las colectividades humanas son y han sido necesariamente parte de un mundo más amplio y más complejo. Una historia que esté concebida sólo para los judíos (o los afroamericanos, o los griegos, o las mujeres, o los proletarios, o los homosexuales) no puede ser historia buena, aunque puede ser reconfortante para quienes la cultiven.

Por desgracia, como demuestra la situación en extensas partes del mundo en las postrimerías de nuestro milenio, la historia mala no es historia inofensiva. Es peligrosa. Las frases que se escriben en teclados aparentemente inocuos pueden ser sentencias de muerte.